

Primer Premio Concurso Literario "Julio Cortázar"

PUBLICAMOS EN ESTA EDICIÓN LA OBRA QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO DEL CONCURSO LITERARIO "JULIO CORTÁZAR" 2000, ORGANIZADO POR EL CTPCBA. SE TRATA DEL CUENTO "LA ENCOMIENDA" CUYA AUTORA ES LA TRADUCTORA PÚBLICA CECILIA VELA SEGOVIA

La Encomienda

Cecilia Vela Segovia

A Marta, por su entusiasmo literario

*...El viajero es pájaro que viaja con la jaula
ADOLFO BIOY CASARES, La obra*

Las encomiendas tienen alma. Juan podía sentirla debajo del cartón corrugado o el papel manila, un eco, una vibración, algo que le hacía descubrir el libro, la Virgencita, el pulóver amorosamente tejido... Miles de kilómetros llevaban recorridos en el hermetismo de sus cajas perfectas, del piolín y la cinta adhesiva, y ahora, cuando estaban por llegar a destino, los muchachos las abrían con la esperanza de vencer por fin la intuición del jefe, y ganarse de paso una cerveza en el bar de la esquina.

-¡Ruso maldito, adivinó otra vez! Juan no era ruso. Ni siquiera húngaro como sus padres y hermanos. En realidad, pocas veces en todas estas décadas había abandonado el barrio de casitas bajas y grises, el departamento del fondo de donde salió esa mañana para tomar el tren.

-Un cóspel, pog favorrr.

Las monedas tintineaban sobre la bandeja de bronce, y la mujer en la boletería del subterráneo lo miró por un segundo, como siempre, como todos, con un dejo de interés y apenas tirando hacia atrás la cabeza. Una vez más Juan sintió la barrera que alzaba su acento duro, de consonantes fuertes y arrastradas, de un idioma que ni siquiera le pertenecía. Su hermana Elizabeth al menos lo hablaba, igual que el francés e italiano que había aprendido en los campos de refugiados y con los que se ganaba la vida. También Alex, embarcado en el incierto reclamo de lo que quedaba de la casona familiar cerca de Buda. Pero para Juan era algo ajeno, un sueño que volvió a sacudirse mientras divisaba el edificio imponente de mármol y granito al que se dirigía.

El Palacio de Correos era com-

pacto y suave a la vez, hecho con bloques imponentes de piedra que podía formar también delicadas filigranas. Juan había escuchado que un arquitecto francés lo había construido en Europa, para que ocupara una ignota manzana en una Buenos Aires que nunca conoció. Era extraño pensar que las manos constructoras, los dibujos, los proyectos hubiesen quedado en Francia, y que sólo los materiales, piezas y más piezas de un enorme rompecabezas, hubieran llegado hasta el Río de la Plata.

- Jefe, ¿preparamos el despacho a Europa?

- Sí, perro empiecen con el despacho aéreo que el barco a Rotterdam sale recién el jueves.

En el subsuelo los muchachos corrían reuniendo códigos y formando pilas. Juan amaba el momento en que los dispares paquetes color tierra parecían barajarse y saltar buscando otras etiquetas rojas, verdes o azules. Hace un par de años habían intentado estandarizar los envases, pero objetos de toda forma y volumen desafiaban el intento de encerrarlos en cajas de treinta por treinta por treinta.

- Jefe, están las camionetas.

- Bien, abrrran las puegtas y comencemos.

En un instante, el ambiente se había llenado de sudor, de gritos y golpes secos. Después, silencio, y el frescor agradable y aristocrático de mármoles y bronces, casi como de cripta. Cada día a esa

hora, Juan pasaba la mano callosa sobre los paquetes mudos —uno muy frío, otro acolchado, aquel suavizado, sobado, el papel como levantando pelusa, otro crispado por un toque de agua ya seca— y recordaba.

Una vez, hace tiempo, había descubierto en el depósito de correspondencia no entregada, oculto entre revistas que ya amarilleaban, un paquetito cilíndrico. El papel celeste apenas se adivinaba bajo la capa de polvo, y la dirección, que parecía escrita con tinta azul al agua, casi se había borrado. El informe, hecho en un formulario ya en desuso, indicaba "el domicilio no existe", y "el destinatario no se encuentra". No había remitente.

Hasta entonces Juan nunca había tocado nada en ese depósito, en donde miles de objetos vivían años de anonimato a la espera de que alguien decidiera su destino. Pero algo, quien sabe, hizo que deslizara el paquete celeste en el bolsillo de su overol azul.

María lo descubrió apenas llegó a la casa.

- Juan, ¿y eso qué es?

- No sé, un paquete pegdido que iban a quemarr.

- ¿Puedo abrirlo?

- Bueno, abrrrilo.

A Juan no le gustó que la mujer rasgara el papel y casi arrancara la tapa azul de la caja.

- Juan, ¡mirá qué hermoso!

Lo primero que vio fue luz, destellos que lo hicieron parpadear.

Enseguida, Juan descubrió un óvalo color plata, y el grabado de un pájaro zancudo, como una garza, con un enorme pico abierto, donde se apoyaban dos letras, Z y A, entrelazadas. Se interpuso la mano de María.

- Mirá, ¿es un relicario!

Adentro dos caras sepia, sonrientes, arrugadas, con ojos y peinados de otras tierras, con bocas de decir otros sonidos, se enfrentaban a un mechón de cabello aún sedoso, rubio o blanco.

Desde ese día, María insistió en llevarlo siempre al cuello, con una obsesión curiosa hacia el par de desconocidos. Después, cuando el relicario volvió a ser suyo, Juan quitó el mechón y lo reemplazó por una foto de María, su preferida porque ahí no tenía el rictus triste ni los ojos caídos con los que prefería no recordarla.

Juan pensaba, mientras recorría el depósito general con el relicario del pelícano en la palma de la mano y las yemas de sus dedos acariciaban apenas la cara superior de los paquetes. Cuánto mejor era todo esto —pensaba— lo que podía tocarse, golpearse, recorrerse, que la chatura de las cartas y sus palabras.

Afuera se adivinaba una noche cálida, abierta como un signo de interrogación, despejada, una noche que invitaba a descubrir y a gozar.

Más de una vez Juan había soñado con estos paquetes, que llegaban de lugares lejanos o partían a países cuyos nombres apenas co-

noía. Cada vez que despachaban una encomienda a un país nuevo, hacia donde ninguna había viajado antes, Juan anotaba el nombre y la fecha en la agenda de cuero negro que tenía siempre en el bolsillo. Ya había incluido más de cien destinos, y ese mismo día, después de meses en blanco, había podido agregar uno nuevo, negro y minúsculo. Sabía que en los últimos años habían aparecido más países, y la nostalgia de Juan por tierras que apenas sospechaba se acrecentaba con noticias sobre la vida que seguía renovándose allá afuera.

Más de una vez le habían preguntado a Juan cómo debía ir escrito el destino de una encomienda. ¿New York o Nueva York? ¿EEUU o USA? ¿Costa de Marfil o Côte d'Ivoire? Juan levantaba los hombros, taciturno y cómplice. En realidad los paquetes no eran de allá ni de acá. Más bien, estaban en un perpetuo viaje, eran una fila de infinitos peregrinos como los que cada primavera pasaban caminando frente a su casa hacia la basílica.

Los muchachos de despachos fantaseaban a veces con un paquete cuyo destinatario se moviera constantemente. La encomienda viajaría de correo en correo, de continente a continente, sin llegar nunca a destino. No pensó Juan, mientras apretaba el relicario entre sus dedos—siempre hay un destino.

Juan seguía caminando entre las encomiendas, ahora las que partían. Las de vía aérea, paquetes

acotados y bandos, mucho papel, mucho plástico, ya habían salido. Se iban acumulando los paquetes pesados, desmayados, lentos—adivinaba cuadros, jarrones, un bandoneón, percheros—, con los recortes y las ataduras de mil manos inexpertas.

Afuera la noche maduraba.

Juan llegó al fondo del depósito. Ahí se reunían los paquetes más grandes, los primeros que iban a embarcar. Una vez despachados, servirían de base del envío, y sobre ellos se amontonarían mil insignificantes cajas, rollos y láminas.

En un rincón vio un paquete largo y angosto, dirigido a un país de nombre extraño, donde se repetían aes y zetas. Nunca había visto ese nombre, y mientras sacaba la agenda del bolsillo apoyó el relicario sobre la cara superior de la encomienda, ligeramente abovedada.

Mientras lo apoyaba sintió un cosquilleo, una liviandad. Algo como poner un dedo en el remolino de agua que escurre por una rejilla. Y enseguida lo supo. La caja estaba vacía.

Primero Juan se enfureció, por la inutilidad y por el sin sentido. Enseguida descubrió un por qué, y la revelación lo conmovió como un trueno, y lo dejó temblando, con la mirada perdida. El tiempo estaba quieto, expectante. Brilló de pronto el pico enorme y profundo, los ojos capturaron un reflejo plateado, y uniendo las cejas profundas Juan comenzó a buscar.

Primero sacó de un bolsillo la cinta métrica, la enganchó contra un borde y la extendió sobre un costado de la caja. Uno ochenta y ocho. Quince centímetros más que él. Caminó hacia un armario, sacó un destornillador, un cortafierro y un taladro. De otro, cuarenta sobres de azúcar, siete paquetes de bizcochos y cinco botellones de agua. Agregó las tres tabletas de chocolate que había guardado de su cumpleaños. Apiló todo junto a la caja.

Pensó en los despachos, la ubicación de los paquetes, los *containers*. Todo lo conocía. Todo iba a estar bien. Pensó en el puerto de Rotterdam... el Destino. Una sonrisa y los primeros rayos de sol le iluminaron la cara.

.....

Lo primero que les llamó la atención fue no ver al ruso, que siempre llegaba temprano. Lo segundo, el extraño medallón plateado. Refulgía sobre un cajón angosto y largo, que estaba torpemente atado.

Los muchachos se acercaron, y el silencio que creció de golpe era cerrado y extraño. El medallón estaba abierto. Adentro, sólo un trozo de papel celeste, pequeño, arrugado. Se miraron, y el Chileno lo tomó casi con reverencia. Leyó el renglón, el único, escrito con tinta azul al agua:

"Hoy no nos vemos. Viajo. Juan V."

Julio 2000